

CUENTO N° 241

TÍTULO: LA BARAJA DEL DESTINO

SEUDÓNIMO: LISANDRA

AUTORA: BERTA ELISA ZIEBRECHT QUIÑONES

LA BARAJA DEL DESTINO

Lisandra

Dora camina bajo la lluvia, apura el paso por el largo pasaje esquivando las pozas fangosas, sus manos aprisionan en su pecho la preciada botella de alcohol. Desde las cortinas corridas de las casas muchos ojos la observan hasta que su figura se pierde tragada por el invierno. Ella es respetada en la comunidad, para sus vecinos es una bruja y le temen; en cambio para sus vecinas es mujer poseedora del tiempo, creadora de un puente mágico entre el presente y el futuro. Su mente es capaz de viajar a territorios desconocidos trayendo sus predicciones hacia el presente con certeza irrefutable. Además de sus dones especiales, es una vecina servicial, atenta a las necesidades de sus cercanas. Después de beber un trago, se dirige a la casa de Rosalía para acompañarla en su dolor. Entra en su alcoba y la ve moverse perturbada de un lado para otro, abriendo cajones, exponiendo la intimidad del ropero como un vientre destripado. Da vueltas y vueltas en la alcoba tomando de aquí y de allá algunas prendas para vestirse de riguroso luto. Faltan escasos minutos para que sus hijos lleguen con el féretro de su amado esposo. La lluvia no cesa y el barrial se intensifica con el paso de las horas. La ayuda a vestirse, para luego caminar juntas hasta el portón, al tiempo que los hombres de la funeraria entran en la casa y con apuro preguntan: - ¿Dónde va a ser el velorio? – ella les indica el pequeño cuarto de estar. Despliegan una mesa de metal, para luego depositar el féretro. Rosalía se acerca, abre la tapa del ataúd para ver el rostro de Pedro. De lo más profundo de su ser se escapa un grito de dolor que hace estremecer a todos los presentes. Se aferra a aquel despojo y sus lágrimas se deslizan por la superficie de vidrio hasta caer al suelo deshecha.

Lisandra

Dora se acerca y le dice al oído: - basta, deja que terminen su trabajo - a fin de cuentas, debes recordar que te arrancó todos los dientes y te dejó de recuerdo un sinfín de cicatrices-. Las palabras caen como llamas apocalípticas en las vestimentas oscuras de la viuda y grita desahogada: - ¡Pedro no me abandones, no me dejes sola, quiero morir! - Los hijos la miran con preocupación, se avecinan días difíciles. Dora se acerca, la toma de un brazo y le dice al oído: - no hagas tanto escándalo, la gente te mira y cuando todo haya pasado se reirán de ti, a la vuelta de la esquina encontrarás a otro que te hará olvidar a este que te hizo desgraciada-. La viuda pide a gritos que se la saquen de encima. Los presentes la separan con brusquedad y la conminan a hacer abandono de la casa. Dora siente que sus pies se elevan del piso y la aproximan a la puerta. Antes de ser expulsada, gira la cabeza en dirección de la viuda y exclama: - te lo advierto, antes de tres meses te habrás olvidado del difunto; serán muchos los hombres que compartirán tu lecho, probarás carne joven y serás el hazmerreír de todo el barrio-. Ya al otro lado, se afirma en la puerta cerrada y saca del bolsillo de su abrigo una botella pequeña, bebe un sorbo y se dirige a su casa sumiendo sus pies en los lodazales. A pesar de la lluvia torrencial, alguien la espera en el portón de entrada. Sacude la cabeza, el mal rato no le ha quitado el arrojo para socorrer a tanta mujer desvalida que solicita su ayuda.

Ella es una mujer que teme a la soledad y sus fantasmas. Su mente se revitaliza cuando abre la puerta a su clientela habitual y a rostros nuevos que por referencias llegan hasta su casa. Con amabilidad saluda a Marcela, su clienta de muchos años y a la amiga que la acompaña. Toman asiento en torno a una mesa redonda cubierta de mantel púrpura; sobre este, un mazo de cartas españolas que huelen a historias viejas. Sabe que Marcela le estará agradecida hasta el día de su muerte, en esa misma mesa le entregó las coordenadas exactas, donde y cuando llegaría a su vida un hombre mayor que la rescataría

Lisandra

de su vida licenciosa. La certera predicción de Dora se hizo realidad, ahora es una mujer casada y con más dinero y amor del que nunca imaginó. Su amiga espera ansiosa que aquella mujer le pronostique algo parecido. Dora se toma su tiempo, llena su copa, enciende un cigarrillo, se envuelve en una nube de misterio y los signos de embriaguez mutan hacia la expresión máxima del misticismo. Toda ella conectada con el cosmos y sus guías ancestrales. Un largo silencio se instala entre las mujeres, hasta que la anhelada premonición fluye junto al humo que la anciana expele de su boca rugosa. Los presagios no son buenos, para reafirmar sus dichos revuelve una y otra vez la baraja, pero el destino de la desconocida ya está tirado en la mesa. No tengo dudas- dice- ese hombre no regresará a tu vida. La mujer estalla en llanto, toma las manos de Dora y le suplica que haga algo o ella morirá de tristeza. Con la expresión de sacerdotisa dueña de todos los poderes arquetípicos, le ofrece la única posibilidad de revertir el desamor: "un conjuro". La consultante tiene el rostro desencajado y con voz quebrada le responde: - haga lo que sea necesario, no importa el precio-. Desconoce que la mujer de los poderes nunca ha sido motivada por el dinero, es su vocación de servicio lo que la mueve: - Solo deje dos cajetillas de cigarrillos, le aseguro que antes que las consuma, su amor volverá a usted- responde, con la mirada puesta en otra dimensión. De prisa, la consultante deposita el dinero para la compra y el pago de la consulta. Ambas mujeres se retiran confiadas en el poder de la pitonisa. A los pocos segundos, Dora se coloca su viejo impermeable y sale de la casa. Regresa y se prepara para iniciar su conjuro. Afuera de esas paredes, nadie podría sospechar que su magia consiste en llenar una y otra vez la copa de vino y fumar hasta que sus bronquios emiten un ronquido profundo y toda gira a su alrededor. Con el cuerpo tambaleante llega a su cama que por tantos años ha estado desierta de amor y se

Lisandra

entrega allí al mundo de los sueños. Al despertar se levanta de prisa, las cartas españolas yacen esparcidas encima de la mesa, un cenicero desbordado de colillas y cigarrillos esperando su cometido. Se prepara una taza de café y se dispone a continuar su tarea. La mañana invernal se pasea por el barrio y ella la contempla desde su ventana. Desde ese espacio ve transitar a tantas vecinas que llevan la carga de sus predicciones. Algunas van felices y otras desafortunadas que caminan sin rumbo. Pero aquella jovencita que siempre se detiene frente a su puerta para solicitar algunas monedas para pagar su adicción a las drogas la entristece. Se lo dijo a su madre en su momento, aún guarda ese secreto. La niña ha crecido vagando por los suburbios, ofreciendo su cuerpo adolescente al mejor postor, su madre se percató de la realidad demasiado tarde, nada se pudo hacer. Ningún centro de rehabilitación pudo con ella, los muros no fueron lo suficientemente altos para detenerla. Los hombres como fieras hambrientas la acechaban en las calles oscuras. Pobrecita- exclamó todo pudo evitarse si hubiese escuchado mis predicciones. Su poder no puede matar la desdicha, solo sentir su cercanía y advertir...solo eso. Así deambulan las horas en las calles y ella ve caer la lluvia, fumando los pocos cigarrillos sobrantes. La tarde llega de prisa y el conjuro ha terminado al aplastar la última colilla. El secreto está en concentrarse en el regreso del amado y envolverlo en bocanadas de humo: ese acto es suficiente para cambiar el destino de una infeliz. Unas copas para alivianar la mente son el aliciente para levantar el ánimo y asistir a las exequias de su vecino; debe realizar el último intento por ayudar a la viuda. Se dirige a la casa de la que fue expulsada y a la distancia observa a la viuda con el rostro congestionado de tanto llorar. Su presencia pasa desapercibida en medio del caos reinante. El cortejo avanza por el pasaje con lentitud para no caer en las pozas del invierno. Ya en la Iglesia las palabras del predicador se confundían con los gritos dolientes de la viuda. Los deudos agotados, la dejaron interpretar

su mejor papel de Juana la loca aferrada al cajón. La salida del cortejo hacia el carro funerario perdió toda solemnidad. El sacerdote haciendo sus mejores intentos por dar la bendición final al difunto y la viuda forcejeando para abrir el ataúd y mirar por última vez el rostro macilento del muerto. Con ella aferrada al féretro fue sacado de la Iglesia. Los transeúntes se detenían para observar el espectáculo. A esas alturas la ropa y cabellos de la viuda eran una maraña desquiciada, y su hija se arrastraba intentando buscar entre la gente los zapatos perdidos de su madre.

A la llegada al camposanto, los deudos se apresuran en acarrear el ataúd a su lugar de entierro. Entre tanto forcejeo más de una vez sacaron a la pobre mujer de la sepultura. Los panteoneros perdieron la paciencia y lanzaron paladas de tierra que dejaron a la viuda como un tronco fresco arrancado de la tierra. En ese momento la pitonisa se acerca, ya los deudos están demasiado cansados para recogerla. Se acomoda a su lado y le dice: - te lo advertí, lo que estás haciendo quedará en la memoria de todos y cuando los hombres que he visto entren en tu alcoba, se reirán al recordar estos momentos-. Luego se levanta y se aleja hasta alcanzar a la multitud.

Durante tres meses la viuda vestida de riguroso luto pasó a formar parte del paisaje como una pincelada nocturna. Un día deslumbrante de primavera, tal como lo había vaticinado la pitonisa y ante el estupor de todos, Rosalía cambia sus ropajes oscuros por floridos vestidos y llamativo maquillaje. Sonríe a toda la vecindad mostrando sus dientes postizos. Su casa se convierte en un entrar y salir de nuevos amores. Las vecinas escudriñan tras las cortinas, se reúnen a la salida de la Iglesia para recordar el azaroso funeral y las palabras de Dora la pitonisa, que nunca falla en sus vaticinios.

Lisandra

Un día la Adivina se presenta en casa de la viuda, por el gesto de desagrado al verla, sabe que no es bienvenida. Su amante la espera impaciente tendido en su cama. Debe ser breve, antes de sentir el golpe de la puerta en su rostro. Pero ella, no puede quedarse con la premonición agazapada en la garganta. Luego se aleja con la misma rapidez con que emite sus palabras. Sabe muy bien que su vecina la obedecerá. En los días venideros la puerta de la viuda permanece cerrada para sus asiduos visitantes. Se cierran las cortinas y la puerta, ya no hay un suceso interesante para comentar en el barrio.

Una tarde, la ven caminar del brazo de un hombre de porte distinguido; ambos parecen víctimas de un hechizo. En ese estado de encantamiento llegaron a consumir su matrimonio. Una noche la viuda llega a casa de la pitonisa y con humildad le pide que la deje pasar. Una vez en el interior, el aroma a licor y tabaco la golpean y la náusea sube a su garganta. La adivina conoce el motivo de la visita y ante que surjan las preguntas le dice - el día del sepelio de tu marido, tuve una visión: cerca, muy cerca del lugar del entierro, el hombre que hoy te acompaña, visitaba una tumba, tenían que encontrarse, así está escrito en tu destino -. La viuda le confiesa que siguió su consejo. Sus visitas al cementerio se sucedieron todos los sábados y se percató de la presencia asidua de un hombre en una tumba próxima. Un día se le acerca para ayudarla y le pregunta a quién visita todos los sábados. Le responde que allí yace su marido. El hombre sonríe y le comenta que desde la partida de su esposa no ha dejado de visitarla. Luego llegaron las invitaciones y la atracción mutua. La pitonisa la escucha bebiendo un vaso de vino y expeliendo el humo de su cigarrillo. El tiempo parece no tener urgencia en aquella habitación, la mujer de las cartas encantadas levanta su copa y todas las se mezclan con el vino.